BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO
DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

VIII.

Los amigos del pueblo.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

LOS AMIGOS DEL PUEBLO.

Eres, pueblo querido, una de dos: ó muy bueno, ó muy bobo.

Y si, torciendo el gesto, me preguntas con qué razones apoyo mi afirmación, voy á responderte con una sola, que vale por ciento y aun por mil, si demasiado me apuras. Es la siguiente: tienes muchos amigos.

¡Válgame Dios y su Madre purísima! ¡Y cómo son innumerables los que se desviven por tu felicidad, y te asedian y te agobian con protestas de desinteresado cariño! Gran cosa debes de ser cuando te rodea por todas partes tal séquito de aduladores y corte-

sanos; mucho de ti debe esperarse cuando en ti se fijan todas las miradas, para ti son todos los mimos, á ti vuelan á todas horas ternezas y requiebros, que, por lo repetidos, podrian empezar ya a ser sospechosos á quien no tuviera tu increíble candidez y tu imponderable buena fe. Soberano te han llamado unos, otros rey; otros, echando el resto en esa puja de adulaciones, te han saludado dios. Y te has puesto tú tan hueco y tan orondo, y lo has creido todo, todo, pueblo querido, dando lugar á que otros, echandola por el lado opuesto, te hayan creído niño, y no sólo niño, sino condenado á eterna niñez.

Y no obstante, no eres niño, no; pero tampoco eres dios, ni rey, ni soberano, ni cosa que lo parezca. Eres lo que en frase vulgar y corriente se llama un buen hombre. Tienes me-

diana inteligencia, buena voluntad, excelente corazón, ligereza de cascos casi siempre, y de vez en cuando veleidad y rareza.

Ni más ni menos: ni injuria ni lisonja.

Así se explica que rujas á veces indómito y desencadenado como fiera, y lleves otras en paciencia ser trasquilado como oveja; que seas dócil y blando en ocasiones, y testarudo al mismo tiempo, sin que dés tu brazo á torcer por nada de este mundo. Así se explica tu eterna ilusión y tu eterno desengaño; sin que éste mate jamás á aquélla, ni aquélla pueda jamás impedir que renazca éste. Todo se explica con conocerte un poquitillo el humor, y sobre todo la educación que traes contigo. Mas de éste y de aquél, hablando con toda franqueza, ¿quién tiene la peor culpa? Los amigos.

Importa, pues, que conozcas quiénes lo son buenos y quiénes lo son malos; quiénes te aman por ti solo y por Dios, y quiénes te aman por sí y por su propio interés y conveniencia.

Importa que sepas quiénes extravían tu excelente natural, induciéndole á lo bajo y á lo grosero; quénes te corrompen para engañarte; quiénes te engañan á la vez para explotarte como mina riquísima á disposición siempre del más diestro ó del más desvergonzado.

Todo eso importa que sepas, y prescindiendo de lo mucho que pienso decirte en el decurso de esta *Biblioteca ligera* si Dios la favorece con larga vida, ahí voy á darte apuntadas por de pronto algunas contraseñas, con las cuales muy ciego serás si no distingues á simple vista y sin necesidad de anteojos los que de veras te quie-

ren bien, de los que te lo dicen de burlas.

Por de contado no es tu amigo el que se empeña en no reconocerte defectos. Los tienes y mayúsculos. Todo hijo de Adán lleva allá de su primer padre un principio de depravación y de desorden que le inclina constantemente al error y al mal. Y tú cedes muchas veces á esta desconsoladora tendencia. Ayudado por Dios y conducido por la Religión puedes vencerla. Empero, eres libre, y como nada te seduce y halaga tanto como un ¡viva la libertad! haces frecuentemente uso pésimo de ella. Esa es la verdad. Quien te lo disimule; quien te llame perfecto, impecable; quien de nada te crea responsable y criminal, te engaña, no es tu amigo.

Ni lo es tampoco el que, reconociendo en ti esa funesta tendencia que de-

bes contrarrestar, la fomenta por todos los medios posibles, procurando á su vez ahogar en ti los gérmenes de virtud y los elevados pensamientos que conservas aún como lejano recuerdo de tu primer estado de inocencia y como restos de un patrimonio divino, no del todo malbaratado. No es, pues, tu amigo quien te excita á la lujuria con escandalosos espectáculos; quien te convida por ejemplo al can-can, á la zarzuela desvergonzada ó á los impúdicos *cuadros al vivo.* No es tu amigo quien te da á leer novelas en que se derrama á torrentes la obscenidad, y cuyas páginas y cuyas láminas no puedes mirar sin deshonrar y corromper tu alma. No es tu amigo quien se burla de la inocencia de tus hijos, del pudor de tus hijas, de la castidad de tus madres de familia, de las leyes santas de la fidelidad conyugal. No, porque

no puede ser tu amigo quien te envilece y te degrada, por más que todo eso intente con frases cultas y esmeradas y con los hechizos de una literatura encantadora. No, ése es tu peor enemigo: no le abras las puertas de tu honrado hogar, no le franquees el asilo en donde gozan tus hijos é hijas la paz de la inocencia y de la virtud. Envenenaría su alma, y haría corrompida y miserable y desventurada su hermosa juventud.

Tampoco es tu amigo quien excita tus odios y tus insensatos furores. Vivir es amar, pueblo mío, hermano mío; vivir es amar: el odio es el infierno. No escuches la voz que te atiza contra la autoridad, ó contra la riqueza, ó simplemente contra cualquiera de tus prójimos. Huye las rabiosas emociones del club. ¡Cuántos hijos del pueblo inauguraron allí su carrera de perdi-

ción! ¡Cuán pocos vieron el término feliz de sus soñadas esperanzas! No fíes la paz de tu corazón y el sosiego de tu familia á quien no fiarías por cierto tu bolsa, que vale muchó menos. ¿Qué títulos tiene para hacerse escuchar de ti, y para que le obedezcas y sigas como un burrego, el desconocido orador demagogo que allí te predica la insurrección y el odio?

No es tu amigo quien procura hacerte concebir en tu corazón groseras envidias, pintándote cuadros de felicidad que son mentira, pues ni para el rico ni para el pobre es posible en este mundo otra felicidad que la de la resignación. Sufrirás, amigo mío, aunque tengas en tu bolsillo los millones de Rotschild. Quien te diga, pues, al oído ó en la plaza pública ó en el club: ¡Repartamos lo ajeno, y serás feliz! este tal, vista levita ó cha-

queta, te engaña miserablemente. Pide á Dios fortuna honrada: si te la diere, dale tú por ello las gracias; si no te la diere, bendice su voluntad.

No es tu amigo quien te habla sin cesar de derechos que jamás, jamás podrás ejercer, olvidándose de predicarte deberes que siempre, siempre tendrás que cumplir. Bajo cualquier forma de gobierno serás siempre ciudadano, y ¿qué es siempre un ciudadano sino un esclavo de la ley? Y en esta esclavitud de todos ¿no está por ventura la libertad de cada uno?

No es tu amigo quien te enseña á despreciar lo respetable y á vilipendiar y á cubrir de lodo lo que es superior á tu condición. Eres padre tal vez, y ¿con qué derecho exigirán respeto á tus canas, si ultrajas tú al sacerdote ó al magistrado, y te gozas en

verlos en caricatura, bien sea en el papel, bien en la escena?

Mas... ¿á dónde vamos á parar con tan larga retahila? Ni en un siglo acabaria mi lista si tuviese que hacértela de todos los que, llamándose amigos tuyos, son para ti pura y simplemente traidores.

¿Ves este papel, diario ó semanal, que por cinco céntimos te ofrecen á la salida del taller ó á la puerta del café, que tanto te divierte y te hace reir con sus chisteis y monigotes? Por amigo le tienes, es verdad, porque dices: «Me distrae el mal humor, se me pasan con él las horas muertas sin saber cómo; no son pagadas con dos reales, cuanto más con cinco céntimos las carcajadas que á todos nos hace soltar cuando el domingo por la tarde lo leemos en corro yo y varios amigos de la vecindad.» Pues bien; créaslo, el tal

papelucho es el Judas de tu casa. Haciendo reir mucho, va arrancando de tu corazón una á una todas las creencias, debilitando todos los buenos sentimientos: él te enseñó á burlarte de lo que llamas las beaterías de tu mujer, que no son sino las máximas sanas de la Religión; él te apartó de la iglesia y de los Sacramentos: pero... no te espantes, él enseñará también á tus hijos á sacudir el yugo de tu autoridad, á aborrecer la casa paterna, á no conocer otra ley que su gusto, á despreciar tu ancianidad. Entonces verás lo que deja en tu casa ese mal apóstol que cada día ó cada domingo traes á ella: entonces conocerás la verdad de aquel antiguo refrán: «Quien al cielo escupe, en la cara le cae.»

¿Ves aquella entrega que repartidores poco escrupulosos acaban de dejar sobre el banco de tu tienda ó bajo la

puerta de tu casa? También se llaman amigos tuyos el autor, el editor y hasta el repartidor de ella, y tal vez los crees tú, y te figuras que aquellas ocho páginas y aquella lámina son verdaderamente amigos desinteresados que vienen á ilustrarte. No es así, no es así. Aquella portada infame, aquellas figuras desvergonzadas, aquellos párrafos de donde chorrea la inmoralidad más inmunda, aquellas escenas de libertinaje tan hábilmente pintadas, son otros tantos enemigos de tu familia, que sin contemplaciones de ningún génenero debes alejar, perseguir, destruir á toda costa.

¿Ves aquel dorado salón, iluminado de noche con cien bujías ó mecheros, donde en alegre consorcio suenan ruido de vasos y copas, bromas y dichos alegres, voluptuosa música, incitativa conversación? Es el café, donde se

pierden el dinero y las horas que debes á la manutención de tu familia y al trabajo honrado; es el casino (taberna de camisa limpia), donde se olvida tan fácilmente la mujer propia para murmurar y chismear de las ajenas, donde se aprende á mirar como fastidioso el modesto hogar doméstico, y como sosas y de ningún atractivo las delicias de la vida de familia; es la sala de baile, donde tu hija tan inocente, y tu hijo tan sensato como lo quieres tú, pasan la tarde del día festivo y tal vez las noches, entregados á coloquios, ademanes, miradas y emociones que no autoriza la ley de Dios, ni consiente la conciencia verdaderamente cristiana. También todos éstos se te pintan como amigos tuyos, y son no obstante, pueblo sencillo, tus peores enemigos.

¿Ves aquel recinto espléndido donde

se canta y se toca y se declama raras veces cosas indiferentes y de ningún peligro, casi siempre la apoteosis del vicio, la pintura seductora del desenfreno, la idealización de lo que la Religión condena y la moral reprueba, el teatro, en una palabra? Dicen que es tu amigo y dicen más... que es tu maestro, y poco falta para que después de haberlo elevado á la categoría de escuela, se le llame ya santuario y no sé qué más. Pues bien: ni es tu amigo, ni es tu maestro, ni es escuela, ni es templo; es simplemente lugar de corrupción. Allí aprendes estas coplas groseras que la zarzuela ha puesto en boga y que cantas tú durante el trabajo, sin tal vez sospechar su intencionada malicia; allí los chistes verdes y colorados con que salpicas ó mejor manchas tu conversación; allí el poco respeto al sacerdote, la poca de-

licadeza con el pudor, el menosprecio de la fidelidad conyugal, que cada día ves allí puesta en ridículo; la santificación de los extravíos del amor, que allí se te pintan como nobleza y heroísmo. No es tu amigo el teatro, ni lo es de tus hijos, ni de tu esposa, ni de tu casa, ni de tu alma.

Basta, basta: aunque ahora caigo en la cuenta de que queriéndote hablar de tus amigos como te prometió el título de este librejo, no te he hablado en él más que de los que te lo son falsos, es decir, de los que de ningún modo lo son. ¿Cuales serán, pues, los verdaderos?

Resérvome para otro día tratar con mayor extensión este punto, donde verás que así como te son menos amigos aquellos que más andan pregonándosete tales á todas horas, así te lo son más y con mayores veras aquellos que

tal vez miras con prevención, y tal vez con malhumor y rabia mal disimulada. Que en esto, como en muchas otras cosas, andan trocados los frenos. Lo veremos con el favor de Dios otro día.

A. M. D. G.